

Iba y venía, fuera de sí. Y en aquel arrebatado, como pasara por delante de la ventana, se aseguró con una mirada de que la Bolsa estaba siempre allí, no fuera que aquel terrible mozo la hubiera derribado también de un soplo. Allí seguía, pero muy vaga, en el fondo de las sombras que caían, como desvanecida bajo el sudario de lluvia: un pálido fantasma de Bolsa, próximo á deshacerse en una niebla gris.

—Por lo demás, soy muy tonto con discutir. Eso es imposible..... Suprimid el dinero, quiero verlo.

—¡Bah!—murmuró Segismundo;—todo se suprime, todo se transforma y desaparece..... Ya hemos visto cambiar una vez la forma de la riqueza cuando ha bajado el valor de la tierra, y que la riqueza territorial, patrimonial, los campos y los bosques, ha declinado ante la riqueza mobiliaria, industrial, los títulos de renta y las acciones; y hoy asistimos á una precoz caducidad de esta última, á una especie de depreciación rápida, porque es cierto que la tasa se rebaja, que no se llega al cinco por ciento normal..... Si el valor del dinero baja, pues, ¿por qué no ha de desaparecer el dinero, por qué no ha de regir las relaciones sociales una nueva forma de la riqueza? Esta riqueza del porvenir es la que traerán nuestros bonos de trabajo.

Se había absorbido en la contemplación del sueldo, como si hubiera soñado que tenía el último sueldo de antiguas edades, un sueldo per-

dido, que había sobrevivido á la antigua sociedad muerta. ¡Cuántas alegrías y cuántas lágrimas habían desgastado el humilde metal! Y cayó en la tristeza del eterno desear humano.

—Sí—continuó dulcemente—tenéis razón, nosotros no veremos estas cosas. Han de pasar años y años. ¡Se sabe siquiera si el amor al prójimo tendrá en sí vigor bastante para reemplazar al egoísmo, en la organización social!..... Sin embargo, yo he creído el triunfo más próximo, ¡me habría gustado tanto asistir á esta aurora de la justicia!

Por un instante, la amargura de su cercano fin debilitó su voz. Él, que, en su negación de la muerte, la trataba como si no existiera, hizo un gesto para apartarla. Pero ya estaba resignado.

—Yo he hecho mi trabajo, dejaré mis notas, en el caso de que no tenga tiempo de acabar la obra completa de reconstrucción que he soñado. Es preciso que la sociedad de mañana sea el fruto maduro de la civilización, porque si no se conserva el lado bueno de la emulación y de la intervención, todo se derrumba..... ¡Ah, con qué claridad veo en este momento esa sociedad, creada al fin, completa, tal como he conseguido, después de tantas vigiliias, levantarla! Todo está previsto, todo está resuelto, esto es, en fin, la justicia soberana, la dicha absoluta. Ahí está, en el papel, matemática, definitiva.

Y golpeaba con sus largas manos macilentas sobre los papeles de su mesa, y se exaltaba, en

aquel sueño de millares de millones reconquistados, repartidos equitativamente entre todos, en aquella alegría y aquella salud que devolvía de una plumada á la humanidad doliente, él que no comía, que no dormía, que iba á morir sin necesidad en medio de la desnudez de su cuarto.

Una voz ruda hizo estremecer á Saccard.

—¡Calle, sois vos! ¿Qué hacéis aquí?

Era Busch que volvía y que echaba sobre el visitante una mirada oblicua de amante celoso, en su constante temor de que acometiese una crisis de tos á su hermano, haciéndole hablar mucho. Por lo demás, no esperaba la respuesta, y reñía maternalmente, desesperado.

—¡Cómo, has dejado apagarse la estufa! ¡Dime si es razonable esto, con una humedad parecida!

Y arrodillándose, á pesar de la pesadez de su gran cuerpo, partía leña en pequeñas astillas y encendía la estufa. Después fué á buscar una escoba, limpió, y se ocupó de la poción que el enfermo debía tomar cada dos horas. Y no quedó tranquilo sino cuando hubo decidido á éste á acostarse para descansar.

—Señor Saccard, si quisierais venir á mi despacho.....

Allí estaba la señora Mechain, sentada en la única silla. Ella y Busch, acababan de hacer en la vecindad una visita importante, cuyo completo resultado los tenía encantados. Al fin, después de una desesperada espera, habían puesto

felizmente en camino uno de los negocios que les llegaban más al alma. Durante tres años, la Mechain había corrido todo París para encontrar á Leonia Cron, aquella muchacha seducida, á quien el conde de Beauvilliers firmara un reconocimiento de diez mil francos pagadero el día de su mayor edad. En vano habíase dirigido á su primo Fayeux, el cobrador de rentas de Vendome, que había comprado para Busch aquel documento, en un lote de viejos créditos procedentes de la testamentaria del señor Charpier, comerciante en granos, usurero á las veces. Fayeux no sabía nada, pero escribía que Leonia Cron debía estar sirviendo en casa de un procurador, en París, que había salido hacia más de diez años de Vendome, á donde jamás volvió, y donde él no había podido preguntar á uno siquiera de sus parientes por haber muerto todos. La Mechain habíase encontrado al procurador, y hasta conseguido seguir desde allí á Leonia á casa de un carnicero, á casa de una mujer galante, y á casa de un dentista; pero, á partir del dentista, se rompía bruscamente el hilo, se interrumpía la pista: una aguja en un montón de paja, una muchacha caída, perdida en el fango del gran París. Había corrido sin resultado las oficinas de colocaciones, visitado las casas de dormir, removido la baja prostitución, siempre en acecho, volviendo la cabeza, preguntando, así que llegaba á sus oídos el nombre de Leonia. Y he aquí que aquel día, por una casualidad, llegó á poner la mano so-

bre aquella muchacha que había ido á buscar tan lejos, en la misma calle Feydeau, en una mancebia, donde buscaba á una antigua inquilina de la *Cité de Nápoles*, que le debía tres francos. Un arranque de genio le condujo á olfatearla y reconocerla, bajo el nombre distinguido de Leonida, en el momento en que el ama la llamaba al salón con un grito. Inmediatamente Busch, advertido, fué con ella á la casa, para tratar; y aquella gruesa muchacha, de ásperos cabellos negros que le caían sobre las cejas, de cara aplastada y fofa, de una inmundicia, le había sorprendido al pronto; después se dió cuenta de su encanto especial, sobre todo antes de sus diez años de prostitución, contento, por otra parte, de que hubiera caído tan bajo en aquella abominación. Le había ofrecido mil francos, si le abandonaba sus derechos sobre el documento. Ella era muy estúpida y aceptó el trato con alegría infantil. ¡Al fin iban á poder atacar á la condesa de Beauvilliers, tenían el arma buscada, hasta inesperada, en aquel lugar de horror y de vergüenza!

—Os esperaba, señor Saccard. Tenemos que hablar.... ¿Habéis recibido mi carta?

En la estrecha pieza, atestada de legajos, ya oscura, que una débil lámpara alumbraba con su luz humeante, la Mechain, inmóvil y muda, no se movía de la única silla. Y, permaneciendo en pie, no queriendo aparecer como que había venido bajo una amenaza, Saccard planteó en-

seguida el asunto Jordan, con voz dura y despreciativa.

—Dispensadme, he subido para solventar una deuda de uno de mis redactores.... El señor Jordan, un joven muy apreciable, á quien perseguís á sangre y fuego, con una ferocidad verdaderamente irritante.... Parece que esta mañana os habéis conducido con su mujer de un modo que avergonzaría á un hombre bien educado....

Sobrecogido al verse atacado de aquel modo, cuando se preparaba á tomar la ofensiva, Busch se turbó, olvidó la otra historia, y se arrebató con esta.

—¡Los Jordan! ¿Venís á propósito de los Jordan?... En los negocios no hay mujer ni galantería que valgan. ¡Unos indecentes que se burlan de mí hace años, y á los que, con un trabajo del demonio, he podido sacar cuatrocientos francos, sueldo á sueldo!.... ¡Ah, vive Dios! sí, les embargaré, los pondré en la calle mañana por la mañana, como esta noche no tenga aquí, sobre mi mesa, los trescientos treinta francos y quince céntimos que me deben todavía.

Y como Saccard, por táctica, para ponerlo fuera de sí, le dijese que estaba ya pagado cuarenta veces aquel crédito, que seguramente no le habría costado diez francos, Busch se ahogaba, en efecto, de cólera.

—¡Vaya, no sabéis decir todos otra cosa!.... Y los gastos ¿también lo están? ¡Una deuda de trescientos francos, que ha subido á más de se-

tecientos!.... Pero eso no me importa. No me pagan y acudo á los tribunales. Tanto peor si la justicia es cara; no es mía la culpa..... De modo, que cuando yo compre un crédito en diez francos, deberé contentarme con reembolsarme los diez francos, y punto concluido. Pero ¿y mis riesgos, y mis pasos, y mi trabajo de cabeza ¡si mi inteligencia? Justamente, mirad, podéis preguntar á esta señora que está aquí, acerca de este asunto de Jordan. Ella es quien se ha ocupado de él. ¡Ah, y que no le ha costado idas y venidas, y que no ha roto calzado subiendo escaleras de periódicos, de donde la echaban como á una mendiga, sin darle nunca las señas! Este negocio, que hemos alimentado durante dos meses, que nos ha dado qué pensar y qué trabajar como una de nuestras obras maestras, me cuesta una suma loca, lo menos á diez sueldos la hora!

Y exaltándose, señaló con un gesto los legajos que llenaban la pieza.

—Tengo aquí por más de veinte millones de créditos, de todas las edades, de todas las clases sociales, ínfimos y colosales..... ¿Los queréis por un millón? Os los doy..... ¡Cuando se piensa que hay deudores á quienes vengo siguiendo desde hace un cuarto de siglo! Para sacarles algunos miserables centenares de francos, á veces menos aún, tengo que aguardar, años y años, á que salgan adelante ó hereden..... Los otros, los desconocidos, los más numerosos, duermen allí ¡mirad! en ese rincón, todo ese montón enorme. Eso

es la nada ó más bien la materia bruta, de donde es preciso que yo saque la vida, es decir, mi vida, ¡Dios sabe después de qué complicación de investigaciones y disgustos!.... ¿Y queréis que, cuando al fin cojo á alguno, solvente, no lo sangre? ¡Ah, no me creeréis tan tonto, vos mismo no lo seriais!

Sin empeñarse en discutir más, Saccard sacó su cartera.

—Voy á daros doscientos francos, y vais á darme los papeles de Jordan con un recibo de toda la cuenta.

Busch se estremeció de indignación.

—¿Doscientos francos? ¡Nunca!.... Son trescientos treinta francos, quince céntimos. No perdono ni los céntimos.

Pero Saccard, con voz tranquila, con la seguridad del hombre que conoce el poder del dinero, mostrado, á la vista, repitió dos ó tres veces:

—Voy á daros doscientos francos.....

Y el judío, convencido en el fondo de que era razonable transigir, acabó por ceder con un grito de rabia y con lágrimas en los ojos.

—¡Soy muy débil! ¡Qué oficio tan perdido!.... ¡Palabra de honor! Se me despoja, se me roba..... ¡Vaya, puesto que estáis aquí, tomad otros, con franqueza, saquead el montón ¡si! por vuestros doscientos francos!

Después, cuando hubo firmado el recibo y escrito dos palabras para el alguacil, Busch, bufando delante de su mesa, estaba tan turbado,

que habría dejado marcharse á Saccard, á no ser por la Mechain, que ni se había movido ni había dicho una palabra.

—¿Y el negocio?—dijo ésta.

Acordóse súbitamente; iba á tomar su desquite. Pero todo lo que había preparado, su relato, sus preguntas, el giro sabio de la conversación, todo desapareció en su prisa de llegar al hecho.

—¡El negocio, ah, sí, sí!... Os he escrito, señor Saccard. Ahora tenemos que arreglar los dos una antigua cuenta....

Había alargado el brazo para tomar el legajo Sicardot, que abrió ante él.

—En 1852 habitasteis en un cuarto amueblado de la calle de la Harpe, donde firmasteis doce pagarés de á cincuenta francos á una joven, Octavia Chavaille, de dieciseis años, á la que habíais forzado, una noche, en la escalera.... Aquí están esos pagarés. No habéis pagado ni uno, porque os marchasteis sin dejar las señas antes del vencimiento del primero. Y lo peor es que están firmados con un nombre falso, Sicardot, el nombre de vuestra primera mujer....

Saccard, muy pálido, escuchaba y miraba. Aquello era, en medio de un sobrecogimiento indecible, como la evocación de todo el pasado, una sensación de derrumbamiento, de ruina, una masa enorme y confusa que caía sobre él. En el miedo de los primeros momentos, perdida la cabeza, balbuceó:

—¿Cómo sabéis?... ¿Como tenéis eso?

Luego, con manos temblorosas, se apresuró á sacar de nuevo su cartera, no teniendo otra idea que pagar, entrar en posesión de aquellos papeles desagradables.

—¿No ha habido gastos, verdad?... Son seiscientos francos.... ¡Oh! habría mucho que decir, pero prefiero pagar sin discusión.

Y alargaba seis billetes de banco.

—¡Esperad!—dijo Busch rechazando el dinero;—aún no he terminado.... Esta señora que veis aquí es la prima de Octavia, y estos papeles son suyos, y en su nombre gestiono el pago.... La pobre Octavia quedó inútil á consecuencia de vuestra violencia, sufrió muchas desgracias, y murió en una espantosa miseria en casa de esta señora que la había recogido.... Si la señora quisiera, podría contaros cosas....

—¡Cosas terribles!—acentuó con su vocecilla la Mechain, rompiendo su silencio.

Asustado, Saccard se volvió hacia ella, pues la había olvidado, tirada allí como un pellejo á medio deshinchar. Siempre le había producido inquietud por su repugnante comercio, de ave carnífera, sobre los valores sin circulación, y ahora la encontraba mezclada á aquella desagradable historia.

—Sin duda.... la desdichada.... la cosa es triste—murmuró.—Pero si ha muerto, no comprendo verdaderamente.... De todos modos, he aquí los seiscientos francos.

Por segunda vez, Busch rehusó tomar el dinero.

—Dispensad; todavía no sabéis que tuvo un hijo.... Sí, un niño que ya tiene catorce años; un niño que se os parece hasta tal punto que no podréis renegar de él.

Aturdido, Saccard repitió muchas veces:

—¡Un niño, un niño!...

Después, volviendo á colocar con un movimiento brusco los seis billetes de banco en su cartera, habiendo recobrado de pronto su aplomo y su audacia:

—Pero, ¿os queréis burlar de mí? Si hay un niño no os doy ni un sueldo.... El pequeño es el heredero de su madre, y él tendrá todo lo que quiera en seguida.... ¡Un niño! La cosa no es mala, es muy natural; nada de particular hay en tener un hijo. Al contrario, me agrada mucho, me rejuvenece, ¡palabra de honor!... ¿Dónde está, para ir á verlo? ¿Por qué no me lo habéis llevado en seguida?

Trastornado á su vez, Busch pensaba en sus largas vacilaciones, en los infinitos cuidados que Carolina tomaba para revelar la existencia de Víctor á su padre. Y, aturdido, se lanzó en las explicaciones más violentas, más complicadas, soltándolo todo á la vez: los seis mil francos de dinero prestado y de gastos de manutención que reclamaba la Mechain, los dos mil francos dados á cuenta por Carolina, los espantosos instintos de Víctor, su entrada en la Obra del Trabajo.

Por su parte, Saccard se irritaba más á cada nuevo detalle. ¡Cómo seis mil francos! ¿Quién le decía que, por el contrario, no había sido despojado el pequeño? ¡Un á cuenta de dos mil francos! ¡Esto era un robo, un abuso de confianza! ¡Habían educado mal al niño, y aún querían que pagase á los responsables de esta mala educación! ¿Lo tomaban acaso por un imbécil?

—¡Ni un céntimo!—gritaba.—¡Sabadlo, no contéis con sacarme ni un céntimo!

Busch, lívido, se había puesto en pie delante de su mesa.

—¡Eso lo veremos! Yo os llevaré á los tribunales.

—No digáis tonterías. Bien sabéis que la justicia no se ocupa de estos asuntos.... Y si pensáis asustarme, todavía es mayor necedad, porque yo me río de estas cosas.... ¡Un hijo! ¡Pero si os digo que esto me halaga!

Y como la Mechain obstruía la puerta, tuvo que empujarla y saltar por encima de ella para salir. Ella, sofocada, salió á la escalera, gritándole con su voz de flauta:

—¡Canalla! ¡Hombre sin corazón!

—¡Ya tendréis noticias de nosotros!—aulló Busch, cerrando la puerta de golpe.

Saccard estaba en un estado de excitación tal, que dió á su cochero la orden de ir directamente á la calle de San Lázaro. Tenía prisa de ver á Carolina; fuése á ella y le riñó en seguida por haber dado los dos mil francos.

—Querida mía, nunca se suelta el dinero de ese modo..... ¿Por qué diablo habéis obrado sin consultarme?

Ella, sobrecogida de que él supiera al fin la historia, permanecía muda. Sí, era la escritura de Busch la que había reconocido, y ahora ya no tenía que ocultar nada, puesto que otro acababa de evitarle el trabajo de la confidencia. Sin embargo, seguía vacilando, confusa ante aquel hombre que le preguntaba con tanto desahogo.

—He querido evitaros un disgusto.... ¡Estaba ese desgraciado niño en tal degradación!.... Hace mucho tiempo que os lo habría contado todo, si un sentimiento.....

—¿Qué sentimiento?.... Os confieso que no comprendo.

Carolina no trató de explicarse, de excusarse más, invadida por una tristeza, por un cansancio de todo, ella tan animosa para vivir; mientras que él seguía haciendo exclamaciones, encantado, verdaderamente rejuvenecido.

—¡Ese pobre niño! Os aseguro que lo amaré mucho..... Habéis hecho bien en llevarlo á la Obra del Trabajo, para descortezarlo un poco. Pero vamos á sacarlo de allí; le daremos profesores..... Mañana iré á verlo, ¡sí! mañana, si no estoy demasiado ocupado.

Al día siguiente hubo consejo, y se pasaron dos días, y luego la semana, sin que Saccard encontrase un minuto. Hablaba del niño todavía á menudo, aplazando su visita, cediendo siempre

á la corriente desbordada que lo arrastraba. En los primeros días de Diciembre, se llegó al precio de dos mil setecientos francos, en medio de la extraordinaria fiebre, cuyo acceso enfermizo seguía trastornando la Bolsa. Lo peor era que habían aumentado los rumores alarmantes, que el alza seguía de un modo rabioso, en un malestar creciente, intolerable: ahora ya se anunciaba en alta voz la catástrofe fatal; y á pesar de todo se subía, se subía sin cesar, por la fuerza obstinada de uno de esos prodigiosos apasionamientos que se niegan á la evidencia. Saccard no vivía ya más que en la ficción exagerada de su triunfo, rodeado como de un resplandor de gloria por aquella lluvia de oro que hacía caer sobre París, bastante sensible sin embargo para advertir la sensación del suelo minado, agrietado, que amenazaba hundirse bajo sus plantas. Por eso, aunque á cada liquidación quedaba victorioso, seguía encolerizado contra los bajistas, cuyas pérdidas debían ser espantosas. ¿Qué tenían aquellos cochinos judíos para encarnizarse de aquel modo? ¿No acabaría por ponerlos á raya? Y se irritaba sobre todo porque creía olfatear, al lado de Gundermann y haciendo su juego, á otros vendedores, soldados del Universal, traidores que se pasaban al enemigo, vacilantes en su fe, teniendo prisa por realizar.

Un día que, furioso, exhalaba así su descontento delante de Carolina, ésta creyó deber decirselo todo.

—Sabedlo, amigo mío, yo he vendido..... Acabo de vender nuestras últimas mil acciones al precio de dos mil setecientos.

Saccard quedó aniquilado, como ante la más negra de las traiciones.

—¿Vos habéis vendido, vos? ¡Vos, Dios mío!

Ella le cogió las manos y se las apretaba, verdaderamente apenada, recordándole que ella y su hermano se lo habían advertido. Este último, que seguía en Roma, escribía cartas llenas de mortal inquietud por aquella alza enloquecida, que no se explicaba, que había que contener á toda costa, bajo pena de una catástrofe. Todavía la víspera había recibido una, dándole la orden formal de vender. Y había vendido.

—¡Vos, vos!—repetía Saccard.—¡Erais vos quien me atacaba, á quien yo sentía en la sombra! ¡Son vuestras acciones las que yo he debido comprar!

No se arrebatava según su costumbre; y ella sufría más con su aplanamiento, habría querido hacerle ver la razón, hacerle abandonar aquella lucha sin cuartel que sólo podía terminar una matanza.

—Amigo mío, escuchadme..... Pensad que nuestros tres mil títulos han producido más de siete millones y medio. ¿No es esto una ganancia inesperada, extravagante? Todo este dinero me espanta, no puedo creer que me pertenezca..... Pero no se trata, por otra parte, de nuestro interés personal. Pensad en los intereses de

todos los que han puesto su fortuna en vuestras manos, ese tremendo total de millones que arriesgáis en la partida. ¿Por qué sostener esa alza insensata, por qué excitarla más todavía? Por todas partes me dicen que al fin de esto está fatalmente la catástrofe..... No podéis subir siempre, no hay ninguna vergüenza en que los títulos vuelvan á su valor real, y esto es la solidez de la casa, la salvación.

Saccard se puso en pie, violentamente.

—Quiero el precio de tres mil..... He comprado y seguiré comprando hasta reventar..... ¡Sí, que yo reviente, que reviente todo conmigo, si no hago y si no sostengo el precio de tres mil!

Después de la liquidación del 15 de Diciembre, los precios subieron á dos mil ochocientos, á dos mil novecientos. Y el día 21 fué proclamado en la Bolsa el precio de tres mil veinte francos, en medio de una agitación de multitud enloquecida. Allí no había ya ni verdad, ni lógica; la idea del valor se había pervertido hasta el punto de perder todo sentido real. Corría el rumor de que Gundermann, contra sus hábitos de prudencia, se había comprometido en espantosos riesgos; desde que, hacía meses, alimentaba la baja, sus pérdidas habían aumentado á cada quincena, á medida del alza, por saltos enormes; y se comenzaba á susurrar que bien podría quedar destrozado. Todos los cerebros se habían vuelto del revés, se esperaba prodigios.

Y Saccard, en aquel momento supremo en

que, ya en la cima, sentía temblar la tierra, éoh la angustia no confesada de la catástrofe, fué rey. Cuando su carruaje llegaba á la calle de Londres, ante el palacio espléndido del Universal, bajaba vivamente un lacayo y extendía una alfombra, que, desde los escalones del vestíbulo, se desarrollaba sobre la acera hasta el arroyo; y entonces Saccard descendía del carruaje y hacía su entrada, como soberano á quien se le evita la molestia del piso común de las calles.

El último día de aquel año, día de la liquidación de Diciembre, la gran sala de Bolsa estaba llena desde las doce y media, y en una extraordinaria agitación de voces y de gestos. Hacia algunas semanas, por otra parte, que la efervescencia crecía, y en aquella última jornada de lucha llegaba á una batahola febril en la que zumbaba ya la batalla decisiva que iba á empeñarse. Afuera helaba terriblemente; pero por las altas vidrieras penetraba, en rayos oblicuos, un claro sol de invierno, alegrando todo un lado de la sala desnuda, de severos pilares, de bóveda triste, que hacían más fría aún las pinturas grises alegóricas; mientras que las bocas de los caloríferos, á todo lo largo de las arcadas, exhalaban un aliento tibio, enmedio de la corriente fría de las puertas enverjadas, que se abrían constantemente.

El bajista Moser, más inquieto y más amarillo que de costumbre, se tropezó con el alcis-